Contrastes de vida
Autor: Manolo Campa

Durante más de medio siglo de matrimonio, mi esposa y yo hemos caminado juntos por la vida. Hemos compartido nuestra juventud, nuestra madurez y ahora disfrutamos de la vejez pasando por alto diferencias notables entre los dos. De esos contrastes voy a tratar.

Desde que estoy retirado, de lunes a viernes no hago nada. El sábado y el domingo descanso. Ella siempre está obstruyendo los beneficios del ocio con sus proyectos de trabajo. Nunca está cansada… es una hormiguita. Yo siempre estoy dispuesto al reposo físico y mental… tengo temperamento de majá.

Mi mujer cuando se propone hacer una cosa, busca como hacerla y la hace. Cuando me propongo hacer algo, busco quien lo haga… y si no lo encuentro, no se hace.

La velocidad mínima de ella es la máxima mía. Ella pone en orden lo que está en desorden. Limpia, arregla, guarda, cambia de lugar. Da instrucciones, inspecciona, regaña, agradece. Habla por teléfono con hijos, nietos, amigas y las señoras de su grupo de oración. Poda y fertiliza sus matas, les habla… encuentra hacia dónde moverlas. El traslado de un gancho a otro, refunfuñando, lo hago yo.

Ella come con moderación y hace ejercicios para conservar la salud y la forma física. Yo me alimento bien, sin mesura, y considero que los ejercicios echan a perder las formas robustas, tan admiradas en las esculturas de Botero.

Ella hace "slimnastics" con otras señoras y no se cansa. Yo hago las mismas maromas que hacen mi señora y las otras "veteranas" para mantenerme saludable y me canso más que ellas… Me siento miserable durante y después de los ejercicios. He bajado media libra en cuatro meses de esfuerzos inhumanos.

Para alejar o disminuir las visitas a los médicos que sufrimos los chicos de la tercera edad, acepté caminar diariamente por el parque… pero no a las siete de la mañana sino a las seis de la tarde. Protesté vigorosamente. Para imponerme coaccionando, amenacé con dejar de hacer lo poco que hago y lo mucho que no hago… me declaré en huelga. Sin Resultado: ¡Estamos caminando al amanecer!

Cuando intento dar noticias sobre los progresos de nuestros nietos, ya ella los ha dado antes con abundancia de detalles. Ella disfruta dialogando, conversando, arguyendo. Yo, escuchando.

No digo todo lo que siento. Uso el derecho a la expresión del pensamiento con prudencia. Ella "le canta las cuarenta" a cualquiera… le dice al pan, pan y al vino, vino. Yo no puedo, desentono, fastidio. La única vez que la imité tuve que buscarme otro trabajo.

Cuando, estando de visita, yo me despido, eso es lo que hago, me voy. Cuando ella se despide y permanece sentada, la despedida es falsa, sin partida. Cuando se levanta, entonces comienza la retirada pero todavía faltan: la "posdata" antes

de llegar a la puerta, la "coletilla" en el umbral, y el "mutis" final con besos y abrazos.

Sin respeto a mis siestas dominicales, fijó visitas a la casa de la nieta más pequeña "inmediatamente" después de almorzar. Me rebelé airado. Reclamé el derecho a dormir la siesta, que confieren a todo retirado, estatutos federales, estatales, constitucionales y religiosos en vigor.

Su contesta fue una estocada sentimental que atravesando las leyes me llegó al corazón: "Si no te interesa ver a los tuyos, a mí sí… Iré sola y cuando mi nieta pregunte por su abuelo, le diré un mentira piadosa sobre ti para que el angelito no sufra tu desamor". ¡Mis siestas dominicales siguen pospuestas!

EN SERIO:

La felicidad en el matrimonio está basada en el amor entre los esposos. Y el amor nace, crece y se mantiene latente cuando hay comunicación entre los dos seres que comparten sus vidas. Por lo tanto, para ser feliz, habla, comunícate.

Hablando damos a conocer nuestros gustos, aspiraciones, ilusiones, inquietudes y temores. La palabra lleva, de corazón a corazón, los sentimientos capaces de hacer sentir a dos personas la necesidad de compartir sus vidas en busca de felicidad.

Los casados tenemos que continuar hablando "nuestras cosas" ahora, como lo hicimos antes, cuando éramos novios. Tenemos que seguir compartiendo todo lo que nos afecta. Las penas, para cargarlas entre dos y hacerlas más ligeras. Las alegrías, para disfrutarlas más a dúo.

La esposa es la mejor consejera del esposo… pero es necesario que éste comparta con ella sus asuntos. El esposo es el punto de apoyo donde puede situar la mujer todas sus angustias… pero ésta debe seguir confiándole todos sus sentimientos como hacía durante el noviazgo.

¡Habla y escucha para ser feliz! Habla para que tu pareja sepa lo que sientes, y escucha, mientras ella habla, para que puedas comprender lo que te está comunicando. La comunicación requiere de la palabra y el oído. Hablar entre dos que buscan entenderse para amarse, exige que uno calle y escuche mientras el otro dice lo que siente.